

## **El retrato del Quijote**

Los que estamos acá reunidos conocimos a Jesus William desde ángulos y perfiles diferentes. Algunos de ustedes lo conocieron como Chucho, un incanzable defensor de los derechos humanos, educador de las clases populares, un comprometido con las víctimas del conflicto armado en Antioquia y muchas otras facetas de su actividad pública. Nosotros, sin embargo, lo conocimos como William, papá, pito, negro, amigo, melómano, caminante, abuelo y muchas otras dimensiones del ser privado. Son precisamente todas esas diferentes facetas o pinceladas las que al mezclarse de manera colorida podrían dibujar el retrato de nuestro padre.

En ese sentido, en las presentes palabras trataré de responder, de una manera más profunda, las preguntas que me hicieron para realizar el video presentado en este homenaje, en parte porque me puse nervioso frente a la cámara y no dije lo suficiente, en parte, porque era necesario construir este retrato desde diferentes historias, la mía y la de mi hermano, que junto con los relatos de ustedes, se mezclan para recrear y completar desde diferentes historias, la vida de mi papá, sus enseñanzas, anécdotas y curiosidades.

En primer lugar, Chucho o William, nació el 25 de agosto de 1948 en Carolina del Príncipe, más específicamente en las orillas de la quebrada

Guanaquitas donde vivió sus primeros años. Justamente ese día, pero tres años atrás, en 1944, París había sido liberada de la ocupación Nazi, la ciudad prisionera había sido rescatada -Como lo anota Eduardo Galeano en uno de sus libros- “los primeros tanques y carros blindados habían entrado unas horas antes a la ciudad luz. ¿son americanos? Preguntaba el gentío. Pero los nombres de esos tanques y esos blindados, torpemente escritos con pintura blanca, decían: Guadalajara, Ebro, Teruel, Madrid, Don Quijote, Durruti... Los primeros Liberadores de París, fueron los republicanos españoles que vencidos en su tierra se habían batido por Francia. Ellos creían que después España sería rescatada. Se equivocaron”. Es así como esta Guerra mundial y la primera, junto a otras coyunturas internacionales como las de mayo del 68, la revolución cultural, Cuba, las dictaduras del cono sur, la guerra fría y la realidad colombiana que dejaba ver desde 1948, una época convulsiva marcada por el asesinato de Gaitán, el inicio de La Violencia, las guerrillas campesinas, las difíciles condiciones del campo, el frente nacional, la exclusión política, el escalamiento del conflicto armado, así como la universidad pública y una ciudad en pleno auge industrial, fueron elementos y escenarios que marcaron e influenciaron la juventud de Jesús William para que años más adelante se perfilara como un líder social que reivindicaba derechos, justicia y libertades en su territorio.

No es fortuito que hayan tantos nombres diferentes asociados con la persona de mi Padre. Ser defensor de los derechos humanos en la Colombia de los 80s y 90s fue una profesión de alto riesgo, y aún lo es, para el individuo y la familia. Quizás por eso cuando éramos niños el papá nos decía que era un educador, y cuando preguntábamos si era un profesor o un maestro como la mamá, o en cuál colegio trabajaba, nos decía que él era otro tipo de educador... más un sociólogo. Era una época hostil para las organizaciones sociales, más cuando estas decían verdades incómodas, contaban los muertos del conflicto para visibilizarlos, construían ciudadanía y exigían institucionalidad. Quizás por esa misma razón no podíamos llamarle al trabajo por cuestiones de seguridad. A los siete años, Oscar mi hermano e hijo mayor, empezó a entender los riesgos de dicha profesión; cuando en frente del televisor acompañando a Matilde, mi mamá y la primera esposa de William, veían en el noticiero de las 7 anunciar que el IPC había sido allanado y los directores llevados a la fuerza por el ejército. ¿A dónde los llevan? ¿Cuándo volverán? ¿Volverán? Eran todas preguntas que la mente de un niño no podían resolver. Para mí, el hijo menor, el papa no venía a casa porque se había intoxicado con un jugo de mora y estaba en el hospital, eso me dijeron. Todas las memorias de esos meses estuvieron marcadas por la zozobra, pero Oscar aún recuerda la mezcla de miedo y alegría que sentía en el cuerpo la noche en la que fueron con Matilde a

recoger al papá a la salida de la cárcel Bellavista de Medellín. ¡Está vivo, esta finalmente acá! Para mí, la dimensión del riesgo del trabajo de mi papá llegó unos años después, cuando el IPC sufrió un atentado que destrozó la fachada del edificio y cuando después los paramilitares se llevaron a cuatro de sus compañeros. En ese tiempo tuvimos miedo... miedo de que a nuestro papá se lo fueran a llevar las balas, en una muerte abrupta e intransigente, como la de muchos otros compañeros que lucharon con su vida por una sociedad más digna y equitativa.

Para Chucho, la defensa de los derechos humanos se vivió afuera, en el debate público, en la confrontación de ideas, en la lucha o movilización en las calles; para William esa defensa se gestó desde adentro, desde la familia, desde los valores y la ética familiar que le fueron enseñados por Horacio e Irene. De William aprendimos que los derechos humanos se conquistan y se defienden con educación. Por eso William procuró que sus hijos leyeran y escribieran desde muy temprana edad, y que la tecnología estuviera, en la medida de lo posible, al alcance de sus manos. Oscar, todavía recuerda las cartulinas largas con letras y palabras rojas que mi papá le pintó para enseñarle a leer antes de entrar al primer grado, o el computador 486 que trajo a la casa desde Bogotá en 1989 para que nosotros tuviéramos acceso a la tecnología... DOS, wordstar, chess-master.... La historia política estuvo también presente, con los tomos del capital de Marx o las nutridas

conversaciones que tuvo con mi hermano acerca de la vida de Lenin y de Gaitán en el Instituto Jorge Elecier Gaitan en Bogotá.

Así tanto en lo público como en lo privado nuestro padre promovió la educación como un medio fundamental para conquistar nuestros roles, autonomía y quehaceres en una sociedad desigual como la Colombiana, y porque no decirlo, la sociedad en general. Con Matilde, nos enseñaron que la educación es el vehículo por el cual el menos favorecido, el obrero, el campesino, el joven del barrio, puede insertarse en niveles diferentes de la sociedad y acceder a nuevas posibilidades que le permitan a sí mismo y a su familia construir el presente, el futuro y conquistar sus derechos políticos, económicos y culturales. Convencido de eso, mi papá pasó de niño campesino y joven del municipio de bello a Ingeniero de minas. Pero con la misma convicción, leyendo la Colombia de su tiempo que es ahora la de nuestro tiempo, decidió abandonar acerías paz del río y su futuro como ingeniero para fomentar un cambio social que garantizara mejores condiciones de vida para la mayoría de la cual hacemos parte. Esa utopía está aún viva, en su memoria, en nosotros sus hijos y en sus amigos; porque ese legado debe continuar para seguir construyendo una Colombia más igual donde los mínimos sean máximos y los derechos sean respetados.

Añadiendo otro pincelazo a este retrato colectivo de mi padre, podemos describirlo como un hombre de mente abierta, que apreciaba las personas en su dimensión humana y social. Esa apertura ante la realidad de los demás constituyó una cualidad fundamental que le permitió escuchar al otro en la mesa de debate o en la mesa de la casa. Siempre escuchando, nunca imponiendo. Me atrevería a decir que esa cualidad la aprendió en su casa, le fue transmitida por Irene y Horacio quienes lo escucharon y de acuerdo o en desacuerdo respetaron sus posiciones y decisiones. Así, por ejemplo, la decisión de trabajar por un cambio social inspiró a sus hermanas mayores, quienes lo siguieron en rutas similares; pero al mismo tiempo lo alejaron de la vida familiar con sus padres y hermanos menores, con quienes vino reencontrarse más adelante. Tal sería el apoyo respetuoso de sus padres, que aún en los momentos en que la actividad política de Chucho lo llevara a la cárcel, aquellos dos campesinos trabajadores y comprometidos con los demás, estuvieron ahí para su hijo, sin juicios o imposiciones. Esa apertura, libertad y responsable independencia que aprendió desde joven, fue la misma que con el tiempo, William abrió de cultivar en nosotros, sus dos hijos y en su nieta. Como olvidar el hermoso trato de ciudadanos pequeños, en desarrollo, con derechos y responsabilidades. Porque así era él...así nos trató desde siempre a Oscar, a mi hija Ana Sofía y a mí. Al igual que sus padres, él nos permitió SER, ser personas para que cada

uno buscara sus pasiones, resolviera sus problemas; ser colectivo, ser autónomo, ser historia, obviamente con un grado mínimo de cantaleta...lo confieso... sobre todo a mí.

Con un pincelazo más describiríamos a William como un ávido caminante que buscaba realidades diversas, que entendía que el viaje a Ítaca era el fin y no el medio. Por eso creo que él estaría de acuerdo conmigo al decir que para entender el país y el mundo, hay que conocerlos, tocarlos, recorrerlos a pie, viendo la gente y poniendo atención a la historia del lugar, a los cambios sociales que ha vivido o está viviendo. Siempre ligero, con una pequeña maleta y una cámara, mi padre emprendía camino en busca de un nuevo pueblo o ciudad por conocer, constatar y analizar. Su espíritu andariego lo llevó por casi toda Colombia, y por muchos pueblos de su natal Antioquia. Por su deseo de conocer lo que pasaba en el país sus hijos tuvieron la oportunidad de constatar realidades tan lejanas para niños de ciudad como las de Itmina, Apartadó, los pueblos en la rivera del Río San Juan, viajar en tren hasta Barranca o el pueblo aruaco de Nabusímake ubicado en la vertiente suroriental de la Sierra Nevada de Santa Marta, a tres horas de Valledupar. ¡Que viajes!

Hace ya cinco años que mi papá emprendió el último viaje de los Quijotes, el viaje solitario que cada uno de nosotros está destinado a

caminar y en el cual ojalá podamos reencontrarnos algún día. Afortunadamente él partió entre amigos, sus hijos, amores y las canciones de su nieta Ana Sofía; con un día asoleado y radiante que celebraba su vida, su ser y la profunda huella que ha dejado en nosotros y en este país. Nuestro padre se fue luchando con dignidad y estoicismo el cáncer, desmitificando la enfermedad con el noticiero de su salud y asumiendo cada nuevo reto que ésta enfermedad le ponía. Se fue luchando por las víctimas del conflicto armado en Colombia. Se fue convocándonos de nuevo a todos para que sigamos con las luchas, para que como él sigamos haciendo realidad las utopías. Hace media década partió este hombre ecuánime, palabra que por cierto, describe de cerca lo que era como ser humano, es decir, equitativo, neutral, recto, honrado, razonable y justo.

Finalmente, hoy quisiera celebrarte papá, contándote cosas que nos han pasado desde que te fuiste. Oscar Alejandro vive en Bostón, terminó su doctorado y desarrolla métodos moleculares para tratar y diagnosticar el cáncer de manera temprana. Tú segundo nieto nació el año pasado. Julián Emilio, el hijo de Oscar, ya estuvo recorriendo tu casa de Ríonegro y ya empieza a decir sus primeras palabras, tiene un apetito parecido al mío.... Te quería contar que me adelanté y lo matriculé como hincha del verde, al igual que a Sofi, a él le regalé su primer uniforme de fútbol, es un pequeño gigante, se le nota el amor

cuando camina. Fue hermoso ver a tus nietos, Julian y Ana Sofía jugar juntos. Sofi está inmensa, ya tiene casi diez años. Es una niña muy inteligente y graciosa, le gusta la escuela, la música y las artes plásticas y está innovando en el teatro, tiene una imaginación enorme. Mati, tierna como siempre, ya se jubiló! Así se ve ahora... Llena de júbilo y sonriente por la labor cumplida por los años dedicados a ayudar tantos jóvenes con contextos muchas veces adversos en sus casas y barrios. Maestra! Yo, por mi parte, trabajo para la Alcaldía de Medellín, no he podido terminar mi tesis de maestría, es una deuda conmigo, sé que estarías detrás diciéndome que hay que cerrar ciclos. Juego mucho fútbol en las noches y sigo nadando, gustos que me dejaste, aunque no fueras muy bueno para el primero. Este año el Rojo volvió a ganar la liga, ya son seis estrellas; sin embargo, Nacional en este mismo año volvió a ser campeón de la Libertadores. Por otra parte, en el país estamos cerca de firmar e implementar un acuerdo de Paz con las FARC, sé que te hubiera gustado mucho estar presente para debatir, para construir y para defenderlo.

Amigos, en nuestra construcción colectiva emerge el retrato de Jesús William, Chucho para otros, pero para mí y con mucho orgullo simplemente mi padre. Un hombre que hizo su labor el entender y ayudar a que la mayoría de colombianos y colombianas les fueran respetados sus derechos y sobre todo les fuera honrado un futuro con

mejores posibilidades. Papá, hoy tú familia se une a todos los que están acá presentes para reconocer tu labor y tu vida de trabajo.

Te extraño viejo, muchísimo, Sofi también lo manifiesta, me hace falta tu compañía, tu silencio, tus llamadas, tus gestos, tu voz grave, tus pocas palabras... pero siempre acertadas.

Viejo, mi querido viejo, un abrazo muy fuerte.